

POR TIERRAS DE EXTREMADURA

II

SEGUIMOS andando, dirigí mi índice hacia el mediodía, donde se veía una casita blanca colgada sobre una eminencia, y le pregunté:

—¿Qué es aquello?

—La ermita de Nuestra Señora —me dijo el chicuelo con profundo respeto.

—¿Hay en su tierra robles?—interrogó.

—No.

—Ya verá cuántos hay por donde se paseaba Carlos V. Hay también muchos pájaros.

—Y tú cogerás los nidos.

—No; que mata Dios, nos ha dicho el señor maestro. Y los pájaros son buenos, que se comen los gusanos que hacen daño.

Seguimos ascendiendo por la senda tortuosa cuajada de pizarrales. En lo íntimo de mi ser, me admiré del civismo de aquel niño.

Recordé también aquellas palabras de Pío Baroja, mientras mi cuerpo respiraba vida por todos sus poros y mis ojos se extasiaban de sana y natural belleza: «Esos desdichados que cruzan corriendo en la máquina negra por el campo, sin conocerlo, que huyen a confundirse, en el torbellino de las ciudades grandes, no han sentido la impresión más deliciosa, la más exquisita de la vida.»

En el fondo del valle, semioculto entre la fronda de castaños, nogales y eucaliptus, Yuste comenzaba a columbrarse.

Bajando la ladera y describiendo hacia el este un semicírculo, penetramos en un callejón hasta donde se adelantaba por la izquierda, el muro —ya dormido— de lo que debió ser cerca o acotado del monasterio; nogales y encinas crecen en salvaje libertad.

Abrése la angosta senda como en una plataforma, y sobre tosca gradería, una cruz de piedra a manera de picota u obelis-

co, me recuerda el «*Jeromín*» del Padre Coloma, que yo leí cuando era muchacho, y en cuya portada aparecía fotografiada esta misma cruz.

A la derecha, sobre alta barda de granítica piedra y rematada por las clásicas bolas herrerianas, campean las armas imperiales de la España heroica. Juntas estaban allí las diersas de Borgoña, Sicilia, Nápoles, Flandes, Milán y el Brabante, con la explayada águila de plata en campo de gules del Tiról, y el león rampante, la roja granada, el castillo, y las barras aragonesas, todo ello florón fecundo del solar hispano: solo esto nos queda de entonces, y viene a ser como una ceniza que el tiempo irá aventando.

Agustín, que mientras yo escribo en mi libro de notas, permanece respetuosamente callado, al verme embotar el lápiz y guardarlo, dice:

—Desde aquí *vide* yo al Rey cuando vino la *ves úrtima*.—

—¿Y cómo era?—le pregunto

—Verá señor: era un señor joven que monta *mu* bién a caballo.

—¿Vino solo?

—*Quidá*; no señor: que traía gente *sobrá pa ael* un regimiento.

—¿Y cómo lo pudiste ver tú?

—No hice más que *arrimame* mucho a los caballos. Y él nos miraba y se reía por esta cara de bobos que ponemos los de la aldea, cuando vemos *arguno* que no *l, an bautizao* en nuestra pila.—

A acercarme al evocador lugar una dulce brisa empapada en perfumado relente sacudía las hojas de los árboles. Latíame el corazón con violencia y me martilleaba la sangre en las sienas; era aquel para mí un momento supremo, iba a abrirse ante mis ojos la vejada contextura de un misterio, iba a realizar uno de mis acariciados ensueños de la infancia, iba a saciar la curiosidad devoradora que siempre tuve por conocer aquel rincón, desde que supe fué el lugar en que se recluyó el César del Renacimiento.

Acabada la estrecha y semioculta senda,

dáse vuelta a la derecha, donde queda un extenso espacio limitado en Saliente y Mediodía por el muro del monasterio.

Dimos entrada al jardín umbroso bajo aquella puerta que al norte mira como desafiando a la sierra de Tormantos. Solemnes encaliptus mandaban desde la altura la lluvia salúfiera de sus hojas amarillentas, lacias ya en esta época.

Arranca con leve pendiente, —hacia la mole conventual— un recto paseo, y por derecha e izquierda gimen las flores y los arbustos, prisioneros en la cárcel de los arriates.

Con poco hospitalario saludo recibíonos un mastín y por entre la verdura del patio llegamos hasta un porche amplio que cobija maravilloso surtidor de agua con cuatro caños. El pilón donde se recoge el líquido elemento y el tallado tronco por donde se vierte, forman ambos una sola pieza de barroqueña entraña, regalo que hizo el concejo de Plasencia a Carlos V.

Bríndose una buena mujer a enseñarnos las interioridades del viejo monumento, que tantas manos despiadadas profamaron.

Penetramos en una primera cámara alta de techo, entramado con robustas vigas de castaño, y que por un ventanal próximo al suelo recibía la luz junto a la chimenea de amplia campana. Según pude deducir después, cuando visité las demás estancias, esta debió ser la habitación en que colocó la acción el joven y nunca bien llorado Rosales, para su cuadro «*Presentación de Don Juan de Austria a Carlos V en Yuste*,» que todos hemos visto reproducido en historias y cromos.

Pasamos a una segunda cámara totalmente oscura, y al entrar en la tercera, a la diestra mano vemos un cuadro con un letrero en el listón inferior del marco, donde dice que aquella es la muerte del Emperador, óleo mandado hacer por el Duque de Montpensier en honra de «nuestro abuelo» como él dice, y colocado en donde estuvo la cabecera del lecho mortuorio.

¡Maderas carcomidas que acogistéis el último hálito del César! De cuántos ven-

gan, ¿llegará alguno que sea capaz de comprender vuestra grandeza y vuestra evocación.

Desde aquí, buscando salida por una puerta que hay junto al cuadro citado, damos con otra habitación de más bajo pavimento, enlosada también como todas ellas, y con dos rasgadas ventanas a un verdeante huerto. En el lienzo de pared que entre ellas queda, añoso arcón de madera —ferrado y claveteado— con forma de catafalco, elevado del suelo así como dos varas y apoyado en dos robustas palomillas. Bajo esta tosca caja, hay un cartel que así reza:

EN ESTA CAJA DE MADERA DE CASTAÑO ESTUVO DEPOSITADO, DURANTE LOS CUATRO AÑOS QUE PERMANECIÓ EN ESTE CONVENTO; EL CUERPO DEL EMPERADOR Y REY INTRO. SR. D. CARLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA DE PERPETUA MEMORIA

¡Humilde capricho el de éstos próceres, que adobaban sus restos entre madera de castaño, y no en aquellas olorosas y raras como el cedro y la caoba!

Moho que corroe las cosas, olvido que borra las acciones..

Dando vuelta a la estancia del cuadro y saliendo por la puerta de la siniestra mano, tras de arrastrar el paso por algunos corredores, subimos una gradería y penetramos en la iglesia.

Agustín me lleva el sombrero para, de este modo, hacer yo más desembarazadamente las anotaciones oportunas. De cuando en cuando se para, mira, se embelesa y calla.

Inocente GARCIA Y CARRILLO.

Aficionados: enviad vuestras fotografías de asuntos regionales a esta Revista, que los publicará con agrado. Queremos coleccionar en estas páginas todas las manifestaciones artísticas del solar conquense. Contribuir a su divulgación, es una labor de sano regionalismo.